

Periodo gris

SUMARIO.—Peripecias gástricas en Panamá y delicias estomacales en Nicaragua.—*Mónstruos* de sabiduría.—La liberación.—Finezas y bromas del General Zelaya.—¿Á dónde vamos?—Un viaje encantador.—Oliendo Centro-América.

... Pues, señores, que llegamos á Méjico con un susto más que regular metido entre pecho y espalda.

Veníamos del infierno—léase Nicaragua. Y aquí se impone una explicación dividida en dos partes.

Primera, que no se espere en esta circunstancia el «Diario» pormenorizado de nuestras despampanantes aventuras por tierras y aguas de Centro-América, desde que salimos de Costa Rica (y aprovechamos la ocasión para sentar, aunque de pasada, que á la simpática «República de la Paz» no la consideramos como parte integrante de tan desacreditada expresión geográfica, que resulta ya sinónimo de «revuelta continua»).

Y, *segunda parte de la advertencia*—con mi-

ras á que ningún hijo ó vecindado en la tierra del Momotombo y de los lagos sienta cosquillas en su patriotismo... de derecho ó de adopción.

El calificativo de «infierno» que hemos dado á Nicaragua, no envuelve la menor intención ofensiva para dicho país, y se refiere tan sólo á tormentos prosaicamente viscerales... apenas vulgarísimamente digestivas, y por cuyas desdichas ninguna responsabilidad cabe á la hermosa sección centro-americana que nos tuvo de huéspedes por espacio de dos meses largos, regalándonos con las auras no siempre frescas de sus lagunas, con las perspectivas de sus montañas, con los celajes de sus crepúsculos incomparables, con el «delicioso» balanceo de sus temblores frecuentes, con sendos «jicaros» de su clásico *pinol* y con los emocionantes *bramidos* de sus cocodrilos... (¡Oh, amigos del alma, Julio Fernández y Narciso Luco! que Buffon y colegas nos perdonen la heregía zoológica, en méritos á lo melancólico del recuerdo que en estas páginas va á vuestra preciosa amistad, que tantas amarguras endulzó.)

Decíamos, pues, que no es el caso de abusar de las divagaciones y de las digresiones pormenorizando la desastrosa y desastrada odisea que corrimos en aquella comprometida parte de nuestra correría ultramarina; pero, al mismo tiempo, es fuerza pasar revista, bien que á paso de

carga, á las circunstancias que violentaron nuestra llegada, como de arribada forzosa, á las plazas mejicanas.

Huímos de Panamá, *gracias* á una inoportunísima disenteria, que, bajo amenaza facultativa de dejar el pellejo allí, nos impuso la escapada más que á la carrera. Y en la imposibilidad pecuniaria—y también por razones menos «metálicas» pero sí tan odiosas, y de las cuales se hablará en debido tiempo y oportuna sazón—de darnos una vuelta por Europa, como aconsejaron y hasta prescribieron varios galenos (con la misma naturalidad con que hubieran podido aconsejarnos un paseo por el cerro de Ancón ó por la plaza de la Catedral), hubimos de reunirnos en *Capítulo* á dúo, y sin grandes discusiones ni necesidad de cavilar mucho, llegamos al siguiente razonamiento que era todo un programa:

—Lo de ir á España á mudar de aires,

si es broma, puede pasar...

y como broma, démoslo por pasado... A la entidad periodístico-andante que formamos ambos, apenas si le queda otro recurso en Panamá que el de escribir... cartas á la familia y á los amigos;

pues, respecto á lo que sobre esta república y sus cosas pudiera decirse al público lector, nosotros somos dos átomos, dos infusorios, al lado de cierto «mónstruo de talento» (¡y que no se ofendan los manes de D. Antonio Cánovas del Castillo!), el cual, *en un hipotético remoto y prescindiendo de los puntos cardinales* (1), ha de bastarse y aun sobrarse para dar á conocer á su patria en el extranjero... Y, sobre todo esto, que no es moco de pavo, hay la consideración principalísima de que, cuando á nuestra empresa se le cierra el campo de su lógico desenvolvimiento, al enfermo se le abren las compuertas de los budillos, y, ¡apaga y vámonos!... Bueno: es fuerza echar á correr, pero, ¿á dónde vamos?...—Y parodiando á un desesperado ó aburrido (que en esto no andan de acuerdo los narradores del cuento), el cual se dijo «¡me voy á la m...!» y se fué á determinado país del Viejo ó del Nuevo mundo (que tampoco en ello están contestes los textos), nosotros exclamamos:

—¡Vámonos, aunque sea al... *ajo!*—Y nos fuimos á Nicaragua.

(1) Sobre la rigurosa autenticidad de las frases subrayadas, pueden hallarse testimonios en el archivo de la Cancillería panameña.

En escena del todo diferente, la situación continuó siendo la misma, ó peor; que en achaques de males físicos y de los otros, el no resolverse la crisis por el lado favorable, supone empeoramiento en el estado del paciente.

Siguieron á la orden del día y de la noche las diarreas y los vómitos, los retortijones de tripas y las «monstruosidades» de otro *portento* en forma humana, de un *Momotombo* de talentos enciclopédicos, que el general Zelaya, tan hábil gobernante de su país como finísimo guasón en el conocimiento profundo que tiene de los hombres y las cosas que le rodean, ha tenido el buen humor de convertir (al mónstruo) en el Necker-Talleyrand-Michelet—si no os cae indigesta la ensalada—del Estado Nicaragüense... y sus indias.

Resumiendo estas aparentes incoherencias—que por alguien serán atendidas:

Volvió á reunirse el *Consistorio* á dúo para fijar la conclusión de que tampoco Nicaragua nos era propicia, intelectual é intestinalmente considerado el caso. Y de nuevo nos dijimos:

—Siendo fuerza liar el petate y marcharse con la música á otra parte, ¿á dónde vamos? A donde nos dejen ir... las circunstancias. Teniendo las alas, si no cortadas sí desplumadas, nos vendría que el vuelo fuese corto, de trayecto

breve, hacia el país más próximo; pero, ¡cualquiera es el valiente que vaya ahora á meterse en honduras, ni con *H* mayúscula, ni con *h* «chica»!... Tiene razón el general Zelaya, que tanto se interesa por nosotros; no conviene que vayamos á Honduras... Podríamos ir á El Salvador; pero, dada la tibieza de las relaciones entre aquella y esta sección centro-americana, también es bueno y acertado el consejo bondadoso del general Zelaya; no es prudente que vayamos á El Salvador... Tal vez nos conviniera dar el salto hasta Guatemala. Por más que, precisamente ahora (como casi siempre), se ha recrudecido la epilepsia que desde hace un siglo mantiene en constante algarada á los pueblos de esta venturosísima parte del continente americano, y no seremos nosotros quienes, conociendo como conocemos el paño del cual están hechas y cortadas por el mismo patrón las casacas gubernativas que se usan por estas latitudes, vayamos á llevarle al Licenciado D. Manuel Estrada Cabrera los saludos de su *Grande y Buen Amigo* (fórmula protocolaria) el general D. José Santos Zelaya. De modo que, también en esto, nos aconseja lo mejor el general Zelaya: «de Guatemala, ¡libéranos Domine!»... El asunto se va enredando, pues, y por aquello de las alas poco dispuestas á un vuelo muy largo, tal vez la única solución posible que nos queda es volver á Costa Rica que

está á dos pasos, á la vuelta de la esquina, como quien dice, y donde por haber residido la friolera de quince meses, tenemos crédito y amigos, nos conocen hasta los gatos, saben todos de memoria quiénes somos, y debido á ello podremos hacer frente á la crítica situación que se nos viene encima como lógica consecuencia de tres meses de enfermedad, gastando un dineral sin ganar un solo centavo... ni querer ganarlo por el *único* medio que hubiéramos podido embolsarnos, no un centavo sino tal vez miles de pesos. Pero, ¡qué diablos!, tiene razón de sobra quien nos aconseja: nada tenemos que hacer en Costa Rica, precisamente por haber permanecido en Costa Rica quince meses!!!... Casi casi será lo más acertado regresar á Panamá, donde hay dos salidas para ir á muchas partes. Mas, ¡tontos de capirote que nos hemos vuelto á fuerza de tantas cavilaciones! Si vinimos aquí de Panamá, ¿á qué santo retroceder desde aquí á Panamá?... ¡Vaya, pues!; que nos den el pasaporte para cualquier parte de cualquier planeta. No más quebraderos de cabeza. Lo que importa es salir... de esta situación. Nos iremos al azar, al Polo Norte ó á la luna... Si se nos acaba la paciencia, *Penitenciarías* hay en el mundo donde con lavativas de agua de sal le tonifican los nervios al más neurótico; si el estado anémico del porta-monedas no puede afrontar los gastos de la expedición,

con pasarnos la mano por la cara y aceptar una limosna púdicamente arrojada en el paño del «resarcimiento de daños y perjuicios» (¡que no fueron pocos!) asunto concluído...

Y así fué que, cuando y como nos lo permitieron... las circunstancias (que en casos parecidos no á todos les sonrien propicias), nos despedimos del lago de Managua y de ambos Montombos—el de entrañas de lava y el de *cúspide* de corcho),—saludamos por la vez última—¡Dios mediante!—las perspectivas luminosas de un paisaje realmente incomparable, dejamos atrás muchas amargas y no pocos afectos que lo apurado de la situación grabó en nuestro pecho con caracteres imborrables, y ahora es el caso de consignar, siempre de pasada—ya que consignadas quedan ténues ironías,—la nota muy en serio y con la mano puesta en la visera, de que tal recuerdo grato corresponde á muy dignos y correctos individuos de la buena sociedad nicara-güense, á la cabeza de ellos el Jefe de la Nación, que, como á tal y como caballero y amigo particular, tuvo para con nosotros atenciones innúmeras que nos compensaron de muchas horas tristes y de muchos días grises, en aquel triste y gris período del destierro de los nuestros, el uno muy enfermo del cuerpo y ambos muy dolientes del espíritu...

A bordo de un barco—de cuyo nombre no queremos acordarnos—de la Mala del Pacífico, que más que *mala* es pésima, después de veintitantos días de horroroso navegar á estilo de tortuga costeando las repúblicas de Honduras, El Salvador y Guatemala; con el aliciente y la distracción de que en este puerto nos montaba la guardia, con irritante insolencia de muchacho mal criado, tal barquito de guerra no por roñoso menos temible, y en aquel puerto hacía invasión hasta en los camarotes de las señoras y á altas horas de la noche (1) un pelotón de algo parecido á soldados á la busca de presuntos revolucionarios—vergonzoso atropello cometido á bordo de un buque extranjero cuyos empleados aguantan el abuso por mor á la subvención que la Compañía armadora recibe en mugrientos billetes:—invasión amparada, ¡oh mengual!, por la bandera de las barras y las estrellas que ondeaba esmirriada y triste en el asta de popa del barco que nos tocó en desgracia... Victoriosos, decimos, de estas y otras muchas calamidades de tan desdichada travesía, llegamos, más muertos que vivos, á playas mejicanas, cuyas arenas besamos en espíritu, al pisar la tierra que, forzosamente y sin posibles términos medios, señalaría

(1) Rigurosamente histórico.

nuestra «resurrección» á lo que siempre fuimos durante los diez años de nuestras andanzas, ó sería la escena que presenciase nuestra derrota como viajeros estudiosos á la busca de sensaciones é impresiones: ¡tal nos habían puesto en tres meses los rigores de la enfermedad y los arañazos de la estulticia!...

II

En la capital

SUMARIO: Llegada á Méjico.—¡Respiramos!—Acogida espléndida.
—Con el General Don Porfirio Díaz.—Autógrafo del Presidente.
—El 10.º aniversario de la aventura.—Atenciones ministeriales.—
Conferencia de presentación.

Como se comprenderá fácilmente luego de haber leído lo que antecede, nuestra situación al llegar á la Capital era de las más comprometidas. Apenas sin medios materiales de defensa, sin conocer á nadie, y no tan presuntuosos de pensar siquiera que nuestro nombre hubiese llegado á Méjico en alas de la fama, constituyendo esto una relativa facilidad para relacionarnos, que es el primer capítulo de nuestra gestión apenas llegamos á un país para nosotros nuevo; y con la circunstancia, negativa por cierto, de que íbamos á afrontar lo desconocido, debiendo entendérnoslas con una sociedad culta, en un ambiente vastísimo y en un centro populoso de vida á la moderna, con la sola recomendación de que éramos *Fulanito* y *Menganito* que íbamos dando,